

El hombre vallejiano

Aun a riesgo de caer en el tópico y desarrollar una argumentación a partir de frases gastadas hay, por fuerza, que referirse a la angustia existencial en la obra de César Vallejo. Podría decirse que fue la columna vertebral de su vida, sin dejar de lado otros aspectos que están vivos a cada paso de su verso. Vallejo fue un creador de múltiples preocupaciones, pero lo existencial era chispa que provocaba su maravillosa conflagración.

Existencia y vida son términos que aparentemente son sinónimos. En cuanto a lo temporal se refiere sí hay un paralelismo, pero si se piensa en el ser humano como algo eterno a través de todos los tiempos y que va turnándose por medio de sucesivas reencarnaciones, la diferencia es digna de analizar. No es que Vallejo fuese un defensor a ultranza de la transmigración de las almas o algo parecido ya que en ningún pasaje de su obra se aprecia esto de una forma tajante. Pero si se habla de Vallejo como un ser que en su obra planteaba una profundidad que iba siempre más allá de lo tangible, sí que hay en él ese continuo cavilar por la existencia. Vida que se convierte en más vida después del último suspiro. Esperanza como un seguro contra la fatalidad a la que el poeta se agarra en un intento de cerrar los ojos rechazando el destino inexorable. En el poema en memoria de su hermano Miguel los últimos versos...

Oye, hermano, no tardes
en salir. ¿Bueno? Puede inquietarse mamá.

... está acaso de forma demasiado evidente, ese ansia por prolongar la vida y sumirla por completo al concepto de la existencia. Lo que existe es algo que no puede morir por más que la fatalidad se empeñe en ello y la muerte no ha sido más que un accidente fácil de subsanar con una leve advertencia.

Y es que el hombre vallejiano —aquél que nace en sus poemas— es un ser completamente indefenso ante los designios del destino. Transita a todo lo largo, tanto en los ejercicios poéticos como en la prosa, el teatro y hasta en las cartas, dirigidas a personas tratando temas circunstanciales. Vallejo jamás pudo ser el ateo con el que en alguna oportunidad se le ha comparado; su relación con Dios es una continua interrogación, esa búsqueda que intuye estéril y amarga por la imposibilidad del encuentro, pero que es la única solución ante lo intangible. Es el momento cuando el hombre reta al Creador, no quedándole más remedio que reconocer en Él una criatura distinta a la siempre cultivada. Dios se equivoca o alguna entidad perversa lo mantiene prisionero —como creen los agnósticos— y de ahí el retorcido devenir de la humanidad. Y peor, en el momento en que el poeta encuentra definitivamente un fallo en la estructura de Dios:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre
hoy supieras ser Dios.

Cálido reproche, reafirmación en esa sumisión que por muchos que sean los avatares de la vida continúa siendo fiel al Ser supremo del que se considera eterno vasallo. Humildad no sólo achacable a aspectos que puedan tener su raíz en el origen social o étnico. Si hay algo que Vallejo arrastró durante toda su vida fue el saber ser grande, cualidad jamás exportable en estereotipos vulgares o frívolos. Esa grandeza radica en el no contentarse con lo corto y superficial que pudiera significar la simple vida, desdeñando un más allá, eterno ciclo en el que están inscritas muchas vidas. En este caso la grandeza se convierte en un lujo que solamente unos pocos pueden ostentar.

Para Vallejo fue importante ir tras la esencia humana, una investigación que elaboraba a partir de sí mismo, paradigma que le servía de excelente antesala a la hora de centrarse en los demás. Y es que no podía partir de algún elemento simple y sin sustancia a la hora de preguntarse una y mil veces más por ese problema de la existencia. Angustia de la que constantemente quiere liberarse el poeta, acudiendo para ello a una acuciante mirada alrededor y descubriendo elementos que enmarcan a la vida humana más allá de lo metafísico. La política, el erotismo. He aquí dos asistentes presurosos del Vallejo angustiado que le transportan de un mito inasible a un logos al alcance de la mano. Ante pesarosa reflexión como,

golpes como el odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... yo no sé!

de *Heraldos Negros*, hay la vivificante fórmula de

retira la cicuta y obséquiame tus vinos

de «Nervazón de angustia», el poeta bascula en un universo de mundos del que se siente prisionero, busca y logra escabullirse para volver a caer en él, pues su sino es una luminosa maldición de la que seguramente se sentiría agradecido. Normal si se tiene en cuenta lo enamorado que César Vallejo estuvo siempre de su estética, no obstante lo mal pagado que estuviera. A cambio de belleza, joyas labradas y recamadas con palabras, la adversidad respondía con hambres, enfermedades y uno que otro proceso injusto.

Al Vallejo prisionero por lo existencial hay que sumar, o añadir, aquel encerrado en el recuerdo. Remate a todos sus desvelos, pues la existencia, la eternidad, el tiempo prisionero en ciclos, no es solamente el presente y el futuro infinito. El pasado es la base de lo demás y a él nos debemos de la misma manera como acudimos a un archivo. Vallejo llevaría consigo su comarca y el apego de sus huesos a los de su familia como un capital superior a la más jugosa de las herencias. Un hogar numeroso pero en el que todos sus miembros son importantes, le daría a Vallejo esa noción de universalidad por cada ser humano que respiraba su mismo aire. Aire que era común a todos, pues la visceralidad jamás encendió su pecho, llegando como máximo a sacrificar el buen hacer literario por la denuncia social.

Vallejo, como buen hijo de la vanguardia postsimbolista, hacía de elementos gráficos material con que expresar o afirmar fuerzas centrales de un tema. Es así, como en «Más allá de la vida y de la muerte», la sangre que queda pegada a su rostro después del beso de su hermano Angel no es más que el común denominador del amor y dolor

sentido por ambos por la muerte de la madre. Desde el principio de este poema en prosa, la inquietud por lo existencial es patente, ya que hay como una aceptación a la desaparición de la madre. El recreo de la naturaleza y su encuentro con ella después de tantos años de ausencia, es un afán por la continuidad instalada en el eterno gran círculo. Al mismo tiempo la angustia no le deja y hace que el relato poético adquiriera todos los perfiles del Génesis y Apocalipsis que se encuentran en algún extremo, dificultando al máximo la localización del principio o final de cualquiera de los dos. Lo mágico y estético tienden a embalsamar lo preocupante, lográndolo en mucho, pues es cuando más se ponen de manifiesto la sensibilidad costumbrista y patriótica de Vallejo y ese peruanismo universal que no le iría a abandonar jamás. Pero estos últimos ingredientes que en otro autor correrían el riesgo de declinar hacia el folclorismo, en Vallejo no son más que segmentos anhelantes de vida, vértebras de las muchas que constituyen su múltiple estructura. Reparto que en ninguna forma le debilita y sí le incita a un deambular estético por el camino trazado desde el consejo:

No olvides en tu sueño pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,
pero al llegar, asume
un caótico aroma de asta muerta.

No sólo en «Pero antes que se acabe» está el continuo dar una de cal y otra de arena, familiar en todo el quehacer vallejiano. Parece que en la reconversión a la que menudo acude existiera la firme advertencia de que no nos dejemos sorprender, pues a cada recodo la vida (o la muerte disfrazada de ella) esconde una puñalada traidora. No habrá miel sin moscas ni presea sin inhumano esfuerzo. Todo ha de costar lágrimas de sangre, quizá porque el destino del hombre, parido con tanto dolor de mujer, sea cambiante por altísimo precio. Si a una vida que en algún momento puede resultar agradable y dadivosa se le extraen gotas de aroma, habrá que anotarla en la larga ristra de la existencia... sucesión de aromas o de hieles.

El ser vallejiano, ante tanta ingratitud como es el pagar este alto precio, además tiene la desgracia, o la fortuna por etapas, de ser uno eterno, condenado a contemplar y evocar todo con lastimeras reflexiones.

Murió mi eternidad y estoy velándola

Es el verso inmortal que remata «La violencia de las horas», ese réquiem ante la desolación por las personas fallecidas y el mundo de la niñez y juventud en ruinas.

Vallejo peleó siempre a favor de la autenticidad ya que la suya era bandera de lo genuino a cualquier precio. Cuando la aparición de las vanguardias en la década de los veinte no se pronuncia contra ello de una manera frontal, sino con la sana intención de hacer de abogado del diablo. Veía en los nuevos movimientos la frontera de épocas muy distintas y asistía jubiloso, pero con la intención de aprovecharse al máximo y así hacérselo entender a quienes le rodeaban. Sentía una inmensa preocupación por el deslinde hacia la vulgaridad, presintiendo qué era lo que estaba sucediendo, presas como estaban las nuevas generaciones ante el maremágnum del progreso que les avasallaba. Para un mundo sumergido hasta ese momento en ciertas tinieblas, la ocasión para pre-

cipitarse en equívocos estaba al alcance de la mano. Vallejo pretendía hacer de faro, de luz conductora hacia una nueva y auténtica poesía.

La aparición de *Trilce* supone la aproximación definitiva de César Vallejo a las nuevas tendencias; no sólo la del insigne peruano, sino la de buena parte de Hispanoamérica. Pero Vallejo era conciso: si se había desertado o liberado del modernismo, ojo avizor tendría que escribirse para no caer en nuevos vicios que propugnaran oscurantismo. El modernismo cumplió fielmente una etapa de la que los vanguardistas debían sentirse herederos, pero como todo en la vida, tenía que ser reemplazado. Es más: con dignidad, el merecido honor hacia aquello que cumplió un deber con la más alta de las paternidades. Por lo tanto, la nueva época de electricidad, aeronáutica, telégrafo, ferrocarril, radio, etc., no debería ser espejo que copiara anticreativamente cómo funcionaban esos aparatos, sino que en medio de la dinámica del poema, nos hiciera sentir cómo era un cinematógrafo, sin necesidad de encerrarnos en una sala oscura.

Moldes que ampliaba Vallejo no sólo al estricto círculo del tecnicismo, sino a otros elementos hermetizadores como el nacionalismo o los prejuicios raciales. Su indigenismo no sería más que una excusa poética; nunca una bandera de enfrentamientos o coacción. Si era necesario enfrentarse con los *ismos* de antes de la muerte de Rubén Darío, también era menester hacerlo con los nacientes. Por eso Vallejo prescindió de recetas, conceptos preelaborados que enconcertaran lo que tendría que ser creación pura y diáfana.

La literatura hispanoamericana de esos años tiene el compromiso de renovarse ante un continente que asiste entre atónito y entusiasmado a la tecnología y a los cambios políticos que necesariamente se tienen que derivar de ello. Es lógico suponer la fuerza de gravedad que semejantes acontecimientos tienen sobre todo lo cultural y en especial lo literario, habida cuenta del choque frontal que ejerce la palabra como mensajera del pensamiento. Entonces los nuevos escritores hispanoamericanos no tienen más remedio que dejarse impregnar de lo recién salido del horno europeo y transplantarlo con nuevos aires a una idiosincrasia que se supone dispuesta. La emotividad de sus mentores hacía ver en la masa destinataria proclividades en muchos casos inexistentes, muro ante el que no cabía detenerse, pues en la empresa se iba la nueva vida que querían germinar como alborada de otra época. Formas que no eran más que incómodos ropajes como la sintaxis, la declamación y la retórica, unidas a corsés como la musicalidad rítmica, la métrica y las aritméticas estrofas, se estaban viendo zarandeadas por las innovaciones del verso libre y la deserción temática. Imágenes que pretendían llevar toda una carga visual, y que a menudo la lograban, eran la presentación de la nueva poesía, la que a su vez pretendía ir de la mano de las obras en prosa y de las otras manifestaciones artísticas como la pintura y la escultura. Nacen las primeras publicaciones abiertamente vanguardistas como *Proa*, de Buenos Aires, y *Actual*, vocera de los estridentistas mexicanos. La nueva literatura había surgido, ante los ojos de un público que sin lugar a dudas no estaba preparado para formas totalmente chocantes con el lirismo almibarado y el verso épico, cantor de trasnochados patriotismos.

No obstante, Vallejo no «se apunta» de forma ciega a lo que considera más como lucubración modista que verdadera revolución literaria. Se sirve, sí, de las nuevas técnicas, no para hacer de ellas la razón de la misma razón, sino como mero vehículo de